

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLITICO Y DE NOTICIAS
O IMPARCIAL DE LA OPINION Y DE LA PRENSA.
Fundador: D. Manuel Maria de Santa Ana.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS
UNA PESETA LINEA
Los anuncios de primera plana, reclamos, etc., financiados por el Banco de España y la Sociedad General de Anuncios, en la Agencia Hava, 8, plaza de la Bourse (París), y en todas las agencias de publicidad.
ADMINISTRACION, Factor, 7.

ANO XLV. NUM. 13397

PRIMERA EDICION, DE LA MAÑANA

Madrid Lunes 10 de Diciembre de 1894

PARA LOS SUSCRITORES EN MADRID

OFICINAS FACTOR, 7

LIMPIEZA
De hermanas y gentileza
a manos limpias dispongo
desde que hago mi limpieza
de los pies a la cabeza
con el Congo.
Victor Valsier, place de l'Opera, 4, París.
DIRSO. BENEFICIO LOS DOMINGOS. MAYOR, 50.

CONFECCIONES PARA SEÑORA. ÚLTIMOS
Modelos en levitas a 20 ptas.; capas, 15; faldas, 20;
falda, 15; mantón, 10.—Buen surtido en todos géne-
ros y adornos.—Rodríguez, plaza Angel, 6.
EL PAPEL DE ESTE PERIÓDICO PROCEDE DE
LA PAPELERA ARAGONESA
sociedad constituida en Zaragoza.

ridico antiguo de que te ibas a casar, y no quiero decirte lo que he sentido, porque quizá ya no te lo merezcas. Ven a decirme si es verdadera la noticia y si aun es tiempo; piensa en la desgracia que caerá sobre esta pobre mujer cuya falta es querer demasiado, y sobre nuestro hijo, mi falta mayor, que no tiene la culpa de haber nacido.
—No puedo seguir escribiendo, porque el llanto me ahoga y las lágrimas borran las palabras. Te pido por Dios que no dejes de venir, sea lo que fuere, aunque nunca podrá olvidarte tu

saras con la pobre Rosario, y así nuestro hijo... No, no por Dios, no digas no... ¡Es tan buena, más que yo, y tan desgraciada!... ¡Verdad que lo harás! Mira; vivirás en esta misma casa ó en otra, como quieras, con los mismos muebles... pero quisiera pedirte un favor. Oye: todo, todo será para ella; pero... la sábana... esa no... Quisiera que... me envolvieras en ella; y así, si es cierto que el sentimiento no muere, poder recordar aquella noche de cariño... ¡Ricardo! ¡lo harás, no es cierto!... ¡Cuánto te he querido y... te quiero... a pesar de... ¡Dios mío!... Estas fueron sus últimas palabras.

poblaciones más enfermizas de nuestra Península.
Apenas salimos del verano y comenzamos a disfrutar la agradable temperatura de algunos tibios y plácidos días de otoño, el invierno acostumbra a sorprendernos de pronto viniendo a la corte sin previo aviso, mucho antes del 21 de diciembre, día señalado en las crónicas para su llegada oficial.
El invierno suele llegar a Madrid en tren expreso, y viene siempre provisto de numeroso equipaje repleto de pulmonías, que ofrece graciosamente, durante su larga estancia, a los habitantes de la corte.

nas asechanzas del invierno, y al efecto aconsejo los siguientes:
1.º Conviene, al empezar el invierno abrigarse al cuerpo con moderación, empleando sustancias textiles de compleja composición química por ser éstas peores conductoras del frío.
2.º En las horas centrales del día debe usarse menos abrigo que por la tarde, y sobre todo por la noche, eligiéndose, para los vestidos de invierno las ropas de lana compacta, pero desprovista de enguates de algodón, a fin de evitar el que sean pesados y sofocan demasiado.
3.º El cuello debe abrigarse ligeramente: el muello abriga perjudicialmente a las afecciones catarrales de la laringe y a los infartos inflamatorios de las glándulas de la garganta; por esta razón deben proscribirse los cuellos de botas en el sexo masculino y los boas en el femenino, que son nocivos por el exceso de calor que producen.
4.º El mejor medio profiláctico contra los enfriamientos del aparato respiratorio, consiste en acostumbrar el organismo humano al uso de las duchas de esponja, empapada en agua templada, los primeros días y fría después, con la cual se darán rápidos pasos por el pecho y espalda todas las mañanas después de salir del lecho y cuando la piel del cuerpo está desprovista de sudor. Acostumbrado el cuerpo humano a este método hidrotápico, que es inmejorable, se tiene adelantado mucho para no sufrir catarros ni pulmonías.
5.º El verdadero salva enfriamientos, tanto en el hombre como en la mujer, consiste, además de la ducha de esponja, en el uso a diario de una camiseta interior de franela fina, sustancia que, adaptada a la piel del cuerpo, la mantiene en un estado de estimulación continua, muy provechosa para evitar, a través de los poros de la piel, la brusca intromisión del frío.
6.º A la salida de los teatros jamás se debe tapan la boca herméticamente con un pañuelo, como generalmente se hace; para evitar la brusca entrada de aire frío en los pulmones, basta llevar durante los primeros momentos la boca cerrada al inspirar, que se hará por la nariz, aspirando sólo por la boca. El sexo masculino debe salir fumando de los teatros, y el femenino y los niños succionando una pastilla de toli y brea, a fin de que tanto el humo caliente del cigarrillo cuanto el residuo empujamiento de la brea, modifiquen beneficiosamente el aire frío que penetra por la boca.
Con estos sencillos preceptos, puestos rigurosamente en práctica, es factible evitar la invasión de un enfriamiento visceral, prólogo de las pulmonías que en Madrid y en la actual época se fabrican a granel.

CUENTOS DEL DOMINGO

LA SÁBANA DE BODA

Era lo que se dice una preciosidad, una obra de gusto exquisito y una maravilla de trabajo mecánico.
De finísima holanda, mostraba en su embozo tales bordados y tales encajes, que aquello parecía obra de hadas más que de temerarias manos, por diminutas, suaves y de afilados dedos que fueran. Era un derroche de calados, sobrepuños, cordoncillos y que sé yo cuantas cosas más, formando hermosa guirnalda, en la cual estaban mezcladas las flores que nacían en los jardines, con los dibujos de las caprichosas vueltas; las hojas de infinitas plantas, con las grecas de todos los estilos.
El conjunto de todo esto, aquella guirnalda maravillosa, servía de nudo al enlace de dos letras correspondientes a la inicial de dos nombres, que otro enlace, el que se verifica al pie de los saltires, iba a unir por todo el tiempo que dura nuestra misera existencia. La cosa podía no ser de moda; pero la idea, y en aquella tela, me pareció sublime. Veámos el enlace.
Compañan este, como he dicho, dos letras; es decir, una sola repetida; la erre: Rosa y Ricardo. ¿Quiénes eran?
Rosa era huérfana de madre. Alta, rubia, delicada, de cutis suave y trapasamente, era la genuina encarnación de la flor cuyo nombre llevaba, y reina de las flores por excelencia.
Ricardo era el polo opuesto de Rosa. De tez morena y ojos vivos, alegre y decididor, parecía tener por los dos lo que a ella le faltaba: salud, energía y fortaleza.
Cómo se conocieron, no importa. Se amaron, y esto es lo esencial, con toda la diversidad de sus caracteres, siendo lo natural y verosímil, por lo mismo que no queda explicarse. Y vamos al asunto.
Encargó Rosa su equipo de novia en una de las mejores y más lujosas tiendas de la corte. La confección no parecía ofrecer dificultades; pero el bordado, y sobre todo el de la sábana de boda, era otra cosa.
Había que buscar, elegir, consultar dibujos, un trabajo, en fin, tan colosal como el de un monumento antiguo. Rosa se decidió a hacer el dibujo ella misma, y llevarlo en persona a la bordadora, para explicarle los detalles de su difícil concepción.
Vivía la que le fué recomendada, ha-

mada Rosario, en una pobre boardilla, en donde si los muebles eran escasos, la limpieza era extremada.
—La inquilina no estaba. Una cuna, con sus cortinas blancas como la nieve, que ocupaba un ángulo del cuarto, fué lo primero que llamó la atención de Rosa, y a ella se dirigió, descubriendo un precioso niño de pocos meses.
Llegó al fin la bordadora y Rosa le explicó el trabajo que deseaba hacerse. Al marcharse la preguntó si aquel niño era suyo, y más hubiera preguntado en su adición por aquellos, si no hubiese notado el embarazo y confusión con que la pobre mujer contestó a su pregunta, afirmativamente, y añadiendo con aire triste, que su padre no existía.
Marchose Rosa con ánimo entristecido, y no perdonó ocasión de volver, ya con pretexto de modificar el dibujo, ya con otro cualquiera, llevando siempre dulces y regalos para el niño y hermosas y consoladoras palabras para la madre.
La boda se verificó, y solo diré que fué como cualquiera de las de mayor boato. Los novios, una vez terminada la ceremonia, rompiendo con la moda y la tradición, se dirigieron a su precioso cuarto, lujosamente amueblado, en vez de tomar el ferrocarril, para hacer a descomoditos lugares, vestigios de su dicha.
Bueno sería aislarse por algún tiempo del resto del mundo, pero ellos creyeron mejor poder siempre recordar después en el lugar de su vida corriente, los dulces primeros días de himeneo, las fugaces horas de dicha, que el Dios amor marca, teniendo por batuta su flecha de oro...
A la tarde siguiente del fausto día, Ricardo tuvo que salir para un asunto urgente, según dijo, y Rosa quedó sola por primera vez, después de la más tierna despedida que pueda imaginarse.
Por instinto, ó para mejor consolarse de la ausencia, encaminose Rosa al despacho de su marido, en el cual aun no había entrado. Sentóse triste en uno de los sillones; pero pronto sus ojos comenzaron a recorrer la habitación, que la curiosidad en la mujer es capaz de dar al traste con todo lo que coga por delante. Después de recorrer varios lugares, vieron sus ojos sobre la mesa de despacho una carta abierta, y al parecer olvidada, puesto que junto a ella estaba la petaca de plata, su último regalo de soltera, y que su marido no dejaba de usar. Levantóse, cogió la carta con cierto temor superstitioso, y leyó lo siguiente:
—Ricardo: He visto en un trozo de pe-

—Rosario.
—P. D.—Precisamente he estado bordando durante estos días en que no te he visto, una sábana de boda con nuestras iniciales, capricho de la novia, ó la tuya y la de otra mujer, que si fuera la que tan buena ha sido para mi y nuestro hijo, quizá te perdonara menos que la engañaras.
La fecha era del día anterior.
Cuando volvió Ricardo, que fué a los pocos instantes, encontró a Rosa pálida, helada y con un temblor nervioso que nada bueno presagiaba, dada su enfermiza constitución. Inmediatamente fué llamado su padre, que se instaló a la cabecera del lecho de su hija, mientras Ricardo, loco de dolor y recordamiento, recorría la casa, demente, figurándose la causa de su desgracia y sin atreverse a hablar.
Varias veces entró en el cuarto de su esposa con la intención de arrojarle de rodillas junto al lecho, y allí contarla todo y pedirle perdón, puesto que a ella solamente quería y lo demás había sido un desvario, y otras tantas quedó detenido por la resignada sonrisa con que ella saludaba su entrada. La pobre niña, que veía tronchada de un golpe la flor de sus ilusiones y de su cariño, que la falta de una madre y una sensibilidad extremada habían condensado en el fondo de su hermoso corazón, sabía morir con la heroica sonrisa de los mártires en los labios, máscara del dolor y los sufrimientos físicos y morales.
Pasó una semana.
—La señora pregunta por usted,—dijo la sirvienta desde la puerta del despacho de Ricardo, en donde éste se retorcía las manos, llorando de dolor, bajo la impresión del pronóstico del doctor, que acababa de marcharse.
Ricardo siguió a la doncella después de enjugarse los ojos, y entró en la habitación de su esposa, en donde no había nadie. Arrodióse más bien que sentóse junto a la cabecera del lecho, y sin atreverse a hablar casi, escuchó las siguientes palabras:
—Oye, Ricardo; no, más cerca, para que solo tú puedas oírme. Mira, nadie sabe nada, y te pido que tú tampoco lo descubras. Ahora bien; si el deseo de una moribunda, porque sé que voy a morir, es sagrado; creo que tú harás lo que voy a decirte. Si lloras, no me podrás oír. Escucha: quisiera que cuando yo me haya muerto, que no ha de tardar, y esperando un par de meses a lo más, te ca-

Sobre la mesa de despacho, y allí en donde estaba la carta denunciadora, había otra cerrada y con el sobre dirigido a Rosa. Cogióla Ricardo, y conociendo con estupefacción la letra, la abrió, leyendo lo siguiente:
—Señorita: Puesto que tan buena ha sido para mi, no dudo en participarle que el pobre hijo de mi alma ha muerto, y yo parto para Buenos Aires, en donde, según dicen, una bordadora puede vivir mejor con su trabajo.
—Por esta razón me alejo de mi país, y por otras causas que no puedo ni debo decir, y ojalá no sepa usted nunca. Usted será feliz, porque se lo mereces, y yo parto llevando en mi corazón recuerdo eterno de sus bondades.
—Su humilde servidora,
—Rosario.
—Cádiz 1.º de octubre.
Ricardo leyó esta carta, y estrujándola entre sus convulsos dedos, fué lleno de dolor y de abatimiento a caer de rodillas junto a la cama imperial que sostenía la dorada caja, y en la cual aquella cabecita de ángel parecía sonreír entre la nivea espuma de los encajes de la sábana de boda.
R. ÁLVAREZ MASÓ.

RETAZOS HIGIÉNICOS

DE ACTUALIDAD

El clima y la salud de Madrid.—La llegada del invierno.—El frío y las pulmonías.—La salida de los teatros.—Medios profilácticos, reglas preceptos.
Difícilmente existe en España un clima más variable que el de Madrid; la primavera y el otoño, estaciones que según rezan los almanques debieran durar tres meses cada una, son todos los años huéspedes, asaz transeúntes en la villa coronada, y de aquí que el clima anual madrileño se halle constituido casi siempre por nueve meses de invierno y tres de verano.
Este repentino tránsito del calor al frío y viceversa, tiene que producir alteraciones funcionales en la salubridad de los habitantes de la corte, y si a esto se añaden las malas condiciones higiénicas en que se vive, bajo el punto de vista del saneamiento público, factible es comprender el por qué Madrid es una de las

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

La habitación destinada a la joven era inmensa y estaba amueblada como debía estarlo la de la víctima de Elisabeth en sus moradas reales tres siglos antes.
Se veía en primer término una cama de columnas torneadas, con colgaduras de gruesa tela, bordada a mano, obra de los castellanos antecesores de los dueños del castillo; en el centro una chimenea con blasones a los costados y morillos de hierro bruñidos, cargados de enormes leños.
Magníficos tapices con extraños personajes, animando paisajes fantásticos, estaban aprisionados en marcos de maderas oscuras, ébano ó maciza encina. No había alfombra alguna sobre el entarimado, que era de un trabajo admirable. Únicamente había a lo largo de la cama una piel de oso gris.
Una señora anciana, cuya cabeza asomaba por una gorguera de medio pie de altura, con la mirada dura y altiva, casi amehazadora, viviendo en su cuadro de oro como una ilusión, parecía estar allí para vigilar los actos de la nueva huésped de la habitación.
Grandes sillones, mesas y armarios antiguos guarnecían esta sala, severa y propicia a las meditaciones acerca de la vanidad de las grandezas humanas.
Una sola ventana, con vidrios de colores, encajados en sus redes de plomo, difundía una luz mística sobre aquellos recuerdos de las edades pasadas.
Juana, humillada por el recibimiento de que había sido objeto, y en el cual había notado la más altiva indiferencia en la duquesa de Albany, se ahogaba bajo las bóvedas de aquel castillo severo y glacial.
Corrió a la ventana y la abrió con mano febril.
Como Margarita estuvo a punto de gritar ¡aire! ¡aire!
El espectáculo que se ofreció a su vista, en la tarde templada y deliciosa, la calmó y la hizo volver en sí.
A sus pies, el agua de los fosos, ó más bien, del estanque, en cuyo centro se levantaba el castillo, dormía bajo sus adornos de florecillas de agua y de plantas en flor.
Una treintena de cisnes blancos y negros se paseaba con lentitud en su dominio acuático, en el cual reinaban sin contadas. Carpas, que debían ser seculares, a juzgar por sus dimensiones, erraban por la superficie, produciendo ruidos semejantes a los de los besos! A lo lejos, las plateadas aguas en el lago de Aherfill, grande como un mar, lucían en el

horizonte, siendo cruzadas por bandos de patos y de ocas salvajes, y limitadas por las azuladas cumbres de las montañas pobladas de árboles.
Y a la derecha, entre los maticos de los grandes árboles del parque, tan lejos, que apenas se veían rebaños de vacas se agitaban entre la hierba de los prados.
La joven respiró con avidez a la vista de este paisaje tan grandioso y encantador. Aquel era el esplendor que había soñado, la vivienda de príncipe que había construido en sus sueños ambiciosos; pero el palacio no tenía principios encantados para poderlos subyugar.
Se olvidó de todo en la contemplación de esta naturaleza soberbia y escuchaba los sonidos lejanos de las zampoñas, que llegaban allí desde el fondo del bosque, cuando fué llamada a la realidad por la voz de la doncellita.
—¿Tiene alguna orden que dar me la señorita?
Juana se volvió.
El sol, penetrando en la habitación, había iluminado con matices diversos a los personajes de los tapices y extendido su luz alegre a las esculturas de los muebles.
La anciana del cuadro había tomado una apariencia más simpática.
Lo que parecía una celda de triste austeridad, fué transformado en un lugar agradable, en donde los espíritus más intrínsecos hubieran podido acomodarse.
Juana se sonrió y mostró en su alegría, a la escocesa, todas las perlas de su sonrisa en sus blancos dientes.
—No—contestó—no tengo órdenes que daros ni a vos ni a nadie; pero si voy a rogaros que medigais lo que ignoro. ¿Os llamais Ketty?
—Sí, señorita, y estoy encargada particularmente de vuestro servicio. Esta parte del castillo es la que se os ha destinado. Se compone de esta habitación y del salón que comunica con ella. Si la señorita quiere visitar...
—Con mucho gusto.
Un gabinete confortablemente instalado tenía comunicación con el dormitorio. Estaba tapizado de damasco color rosa y era tan claro como la otra habitación ó quizás más. Una mesa escritorio de ébano con esquinas de dorado bronce y un piano de cola, de Erard, formaban lo principal del mobiliario. Una biblioteca de madera negra con filetes dorados contenía las obras destinadas especialmente a la educación de las niñas y una colección de novelas; de Dickens y de otros escritores ingleses, conocidos por la verdad de sus narraciones

lazo que tendéis a los demás, y si menos fuerte de lo que os suponeis en el juego del amor perdido la partida?
—No tengo el más pequeño temor.
Me dió esta respuesta con tono tan decidido, que me obligó a hacer un gesto de duda que notó, apresurándose a decirme:
—Me juzgáis muy presentuosa, ¿no es verdad?
—No; me llenais de admiración, y eso es todo.
—Si fuese un hombre quien hablase de ese modo, eso os parecería natural; no tendría nada de particular el que escogiese su modo de vivir; es la costumbre. El hombre crea su posición; la mujer la sufre... He ahí vuestra regla de división. Yo no quiero aceptar esta obligación; me sublevo contra esa estúpida ley que no he hecho yo. Tendré que luchar contra grandes dificultades... No me desanimarán: seré de bien tenaz y perseverante. No me inquieto por el resultado; llegaré a él. Necesitaré tiempo, pero llegaré... ¡os lo juro! Las mujeres valen lo que ellas se estiman.
Guardó silencio.
Reflexionaba que sería digna de ser compadecida la señora que introdujera en su casa a aquella obra maestra de la civilización.
La madre, que dormía aún, mecida por la trepidación del tren, se despertó de pronto.
Llegáramos a la estación de Versailles.
La señorita Montaigne me hizo seña de que no hablara.
La contesté con otra imperceptible.
Llegué a París, saludé a las señoras y entré en mi casa pensando involuntariamente en el drama de Frasín, y en la energía que debía tener para el mal ó para el bien, sobre todo para el mal, una naturaleza tan fuertemente templada como la de aquella niña de diez y siete años, que razonaba con la lógica de un Maquiavelo, sin preocupaciones, y que tenía por arma una de esas formas soberbias, y casi fatales, que paralizan el vigor ó la virtud de los hombres más sólidamente acorazados contra las tentaciones.
Después la olvidé, y no había vuelto a ver ni al párroco de Saint-Gratien ni a su sobrina, cuando recorriendo con la vista un periódico, en el mes de noviembre último, leí la noticia siguiente:
—Un suceso misterioso acaba de ocurrir en uno de los castillos más grandiosos y pintorescos de Escocia. Por discreción reservamos los detalles que se nos han transmitido, hasta el momento en que se haya puesto en claro esta

pasmosa aventura. Diremos tan solo que la heroína del drama es una joven institutriz, parisiense, de una belleza y una seducción tan notables como peligrosas; tanto que deben producir a menudo catástrofes de la naturaleza de la que nos reservamos.
¿Qué relación había entre esta noticia tenebrosa y Juana Montaigne?
Evidentemente, ninguna.
En todos los tiempos, las institutrices, cuando son elegantes y bonitas, han turbado el corazón y los sentidos de los jóvenes ó viejos que viven en su vecindad y han ocasionado desórdenes que la dueña de la casa no había previsto al tomarla para la educación de sus hijas.
¿Qué probabilidad había de que precisamente me acompañara de viaje estuviese mezclada en este asunto?
Fué en vano que quisiese desecharme de mi espíritu la duda que le invadía. El nombre de Juana Montaigne brillaba ante mis ojos como los fuegos fatuos.
Salí y, maquiélicamente, como llevado por una fuerza irresistible, me dirigí hacia el faubourg Saint-Honoré.
Al cabo de algunos minutos, las redomas de variados colores, azules, amarillas rojas ó violáceas del boticario llamaron mi atención.
La gruesa señora Montaigne estaba sentada en el escritorio de encima tallada, y contemplaba melancólicamente su botica, vacía de compradores.
Entré.
En cuanto me vió, se sonrió y me tendió la mano. Después me hizo un sin fin de preguntas acerca del país en que había nacido, de su hermano el cura y del estado de la recolección en la verde Normandía.
Contesté con el mayor gusto.
—No se os ve hace mucho tiempo—me dijo.
—La última vez, si no recuerdo mal, fué hace cinco años, cuando fuimos a visitar Saint-Gratien.
—En efecto—la respondí.—La señorita Juana os acompañaba. ¿Qué es de ella?
—Renováis mis penas. No habéis aquí de esa niña terrible. Tenía ganas de vagabundear, de dejarnos, de correr mundo. A pesar de su padre, a pesar mío, se la marchado y apenas si de mucho en mucho tiempo recibimos noticias suyas.
—¿Dónde está ahora?
—Lo ignoro. Está de institutriz de una inglesa en una familia poderosa y rica, que posee propiedades en todas partes; de manera que

EL COLLAR DEL RAJAH

Fiestas de la Concepción

Por correo En Leganés.

Poco después de las ocho de la mañana se presentó hoy ante el juzgado en funciones de guardia un joven manifestando que una muchacha que en su casa tenían...

Con gran pompa y solemnidad celebraron ayer la fiesta de su patrona la Inmaculada Concepción los regimientos de León y Covadonga...

La espaciosa iglesia hallábase adornada con artísticos trofeos militares y la imagen de la Reina de los cielos apareció...

Celebróse el oficio divino, cantando la capilla la misa en fa de Rossi, la Salve Regina, de Manzano y unos gozos compuestos por el músico mayor del regimiento de Covadonga...

El capellán del regimiento de León, D. Hipólito Fernández, pronunció una elocuente oración sagrada, hablando de las obligaciones del soldado para con Dios, como cristiano, para con la patria, como militar y para con la Virgen...

Terminada la función verificóse el desfile de los dos regimientos por delante del general Sr. Molins, que presidió la misa; creemos inútil hablar de la marcialidad de que hicieron gala...

A las cinco se sirvió a la tropa un abundante rancho, compuesto de paella, cordero asado, nueces, manzanas y medio cuartillo de vino por plaza...

Padre e hijo, de común acuerdo, resolvieron entonces deshacerse de la criada, intimándole a que abandonara la casa en plazo breve...

Como una última esperanza dijo que no se iría de la casa si antes no se le abonaban las mensualidades que se le debían y que eran tantas, cuantas estaban con aquella familia...

La noche anterior la pasaron estos fuera de la casa y ayer mañana, cuando la criada dormía, se presentaron en su cuarto y la intimidaron de nuevo que se fuera inmediatamente...

El padre fué a detenerla; pero su hijo, trayendo quizás que era una bravata femenina, le sujetó por un brazo, mientras la infeliz, ciega, desolada, se precipitaba por el balcón...

Los actores de tan tremendo drama quedaron con la estupefacción que es de suponer, y al verla exánima y sin movimiento en el balcón del piso inferior, creyéndola muerta, se resolvieron a denunciar el hecho al juzgado...

La relación que antecede es, según noticias de buen origen, la que la suicida hizo al juez; y algo de ella habrá de cierto cuando esta autoridad dispuso quedaran padre e hijo detenidos e incommunicados en los calabozos del juzgado.

Para concluir, voy a consignar un suceso triste, que ha impedido que se reúnan en fraternal banquete los jefes y oficiales, como tenían acordado...

Al salir antes de ayer de la guardia un cabo del regimiento de Covadonga, dirigiéndose al armero, cogió un fusil, y con él cargado, entró en el cuarto de otro compañero, que se hallaba en aquellos momentos contemplando amorosamente el retrato de su novia...

La Academia de San Fernando. Bajo la presidencia de su director, señor Madrazo, y con asistencia del individuo correspondiente Sr. Otazo...

netró por el cuello del desgraciado cabo, atravesándole el pecho y produciéndole la muerte instantáneamente. Esta desgracia, ocurrida la víspera de la fiesta, tenía ayer preocupados a todos, leyéndose al sentimiento de la oficialidad en la seriedad de sus semblantes...

Las fiestas dedicadas en Valladolid por el arma de infantería a su excelsa patrona han revestido este año inusitada solemnidad.

Tuvo lugar la función religiosa en la monumental iglesia de San Benito, habiéndose cantado magistralmente la gran misa de Eslava por numerosa y bien dirigida capilla.

El gobernador civil, alcalde y comisiones de la Audiencia, Universidad, etc., ocupaban en el centro de la iglesia dos largas filas de asientos, que presidía el señor comandante general del sexto cuerpo de ejército.

En el presbiterio veíase, en sitial de preferencia, rodeado de numeroso clero y vestido con hábitos pontificales, al dignísimo prelado de esta diócesis, Sr. Cascajares, que, no obstante las molestias que le produce una dislocación sufrida hace unos quince días en el brazo derecho...

Celebró la misa el teniente vicario señor Másido, y pronunció una elocuente oración sagrada el capellán del hospital militar Sr. Marín.

ACADEMIA DE SAN FERNANDO

Bajo la presidencia de su director, señor Madrazo, y con asistencia del individuo correspondiente Sr. Otazo, ha celebrado su sesión de estatutos esta real corporación de Bellas Artes.

Dada noticia por el secretario general, Sr. Avalos, de hallarse enfermo de alguna gravedad el censor Sr. Ruiz de Salces, así que deseamos pronta mejoría, se designó al Sr. Fernández Ocaso para que accidentalmente desempeñara las funciones de tal censor.

Después de la lectura y aprobación del acta, de la anterior, el secretario dió cuenta: De un oficio de la dirección general de Obras públicas, a propósito de una instancia elevada al ministerio de Fomento por D. Manuel Esteban Lozada...

De un oficio de la dirección general de Obras públicas, a propósito de una instancia elevada al ministerio de Fomento por D. Manuel Esteban Lozada, en solicitud de que se adquiriera por el Estado un busto en bronce de D. Juan Bravo Murillo...

Y de otro oficio del gobernador civil de Oviedo trasladando la comunicación que le ha dirigido la Diputación provincial de aquella capital participando los acuerdos adoptados por ella respecto del concurso para erigir una estatua en Covadonga al rey D. Pelayo.

La Academia acordó contestar en la forma que lleva entendida la secretaría. La sección de escultura presentó, y fué aprobado, el programa técnico a que se deberán sujetar los opositores a la plaza de profesor de la clase de modelado, vacante y tallado, vacante en la Escuela de Artes y Oficios del Ferrol.

Se leyó un oficio de la comisión provincial de monumentos de Sevilla, en el que manifiesta que ha sido consultada por el gobernador civil de aquella provincia, acerca de la conveniencia de derribar el arco llamado de Felipe II...

que manifiesta que ha sido consultada por el gobernador civil de aquella provincia, acerca de la conveniencia de derribar el arco llamado de Felipe II, erigido a la entrada del histórico alcázar de Carmona, y que, no considerándose con atribuciones para resolver en este asunto, se dirigió a la Academia...

Asimismo, se dió cuenta de otro oficio de la comisión de monumentos de Guipúzcoa, trasladando el acuerdo tomado por la misma a los medios que considera conducentes para salvar de una pronta y segura ruina la histórica y artística parroquia de San Salvador, de Guetaria.

También se participó a la Academia que el mayordomo mayor de Nuestra Señora del Castañar, de Béjar, solicita que la sección de pintura informe acerca de un boceto, que como muestra ha pintado D. Gustavo Hastoy...

El señor secretario manifestó, que terminado el plazo reglamentario para admitir solicitudes y propuestas, con el fin de ocupar las plazas de académicos de número en las secciones de pintura y de música, vacantes por haber fallecido los Sres. D. Federico de Madrazo y don Mariano Vázquez...

Se recibió con aprecio un abultado volumen de las «Observaciones meteorológicas efectuadas en el Observatorio de Madrid durante los años 92 y 93».

Se hizo la segunda lectura de una propuesta para correspondiente en Murcia, y se leyó, además, una comunicación de la dirección de Instrucción pública participando que la protesta que la Academia había elevado al señor ministro de Fomento en queja de que el Ayuntamiento de esta corte presidida de la opinión de la Academia en asuntos puramente artísticos, ha sido tramitada al señor ministro de la Gobernación...

Por último, el señor director, que es a la vez presidente de la sección central de monumentos históricos y artísticos, leyó los informes emitidos en los expedientes relativos a las comisiones de cuatro provincias de España, siendo aprobados.

DESDE AMBERES

5 DE DICIEMBRE. La explosión de Caullie (Limburgo).

No se pueden obtener detalles exactos y precisos de la terrible explosión que ha destruido la fábrica de pólvora de Caullie, causando la muerte de tres personas e hiriendo a unas veintitantas.

Se cree que la explosión se originó en una prensa para pólvora; el local en que dicha prensa se hallaba, así como otro contiguo a él, han sido materialmente pulverizados.

En la ciudad de Caullie, así como en Loosen, Bocholt, etc., etc., los techos de todas las casas han sufrido desperfectos, y a la vez ha quedado un vidrio sano en las ventanas.

La fuerza de la explosión fué tal, que en Peer, que está a dos leguas del lugar del siniestro, se creyó que era un terremoto, pues las casas fueron violentamente sacudidas, y las ventanas y puertas se abrieron con la trepidación; varias personas que estaban trabajando en el campo cayeron al suelo violentamente.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

Asistieron los generales Espoada, Ortega, Loño, Moño, Cappa, Linares, Echagüe, Arana, Ríos, Tejero, Lavida, Vallarino, Arana, Cortés, Pons de Doña; los coroneles Losas y Tarasos; los jefes señores Martí, Argüelles y Capdepont, y por los capitanes y subalternos, respectivamente, los Sres. Carrilló e Iñáñez Marín.

En Fornos se reunieron anteañoche en fraternal banquete los generales del arma de Infantería, para solemnizar la fiesta de su excelsa patrona.

go, condesa de Clavijo; unas reproducciones de la Alhambra que había traído por la mañana la marquesa de Squilache, y porcelanas antiguas del marqués de Arcoñillar y del duque de la Roca.

Entre los regalos descollaban un hermoso centro de plata enviado por el marqués del Riscal, y un rico abanico antiguo del conde de Urbasa.

La marquesa de Squilache, que como decimos, llegó por la mañana a Madrid, recibió por la noche a sus amigos, reanunciando con gusto de todos las reuniones que ya no se interrumpirán en todo el invierno.

Esta semana recibirán el marqués de la Vega de Armijo y su hermana política; la condesa de Macedo, esposa del ministro de Portugal; la del de los Estados Unidos, y las señoras de Alvarez Mariño, Salvany y Pando.

El embajador de Italia, señor marqués de Maffei, saldrá antes de terminar el mes, para su país, de donde regresará en breve.

El embajador de Francia sufre una indisposición, que por fortuna no es grave. Está más aliviado el conde de San Rafael de Linyán, cuyo estado había llegado a inspirar cuidado a su familia.

Ayer tomaron el hábito de religiosas en el convento del Sagrado Corazón de Jesús, establecido en Chamartín de la Rosa, la señora doña Isabel Flores, viuda de Peltan, hija de la condesa de Casa Flores y la señorita doña Concha Marín, que tanto llamó la atención en Madrid por su belleza cuando vino de Bilbao con su madre y sus hermanas.

El entierro de nuestro querido amigo el ilustrado redactor jefe de El Tiempo, D. Enrique Godínez, se ha verificado a las once de la mañana.

Toda la prensa dedica sentidas frases al malogrado escritor, que tanto lloran todos nuestros queridos compañeros de El Tiempo.

Distinguido oficial de marina, hombre de negocios, escritor de ciencia y de talento, el Sr. Godínez se había hecho acreedor al cariño y al respeto de cuantos le conocían y trataban.

De nuevo enviamos a su distinguida familia y a la redacción de El Tiempo el testimonio de nuestro sentido pésame.

HAN FALLECIDO: En Oviedo doña Juana Antonia Sánchez y Sánchez del Río.

En San Sebastián doña Antonia Berriozueta y Yarza.

En Bilbao doña Josefa Ibarra y Beascochea.

En Matanzas (Cuba) D. Juan Orube y Uraga.

Ha llegado a esta corte, procedente de Barcelona, el presidente de la Liga Nacional de Productores, Sr. Romani.

Nuestros amigos D. Eusebio Blasco y D. Arturo Soria se proponen publicar a principios de año un periódico semanal con el título de Mecánica Política.

Reunidos los diputados y senadores por varias provincias, acordaron armonizar el núm. 163 con los 165 y 166 del arancel de aduanas, a fin de remediar lo posible, y en beneficio de la ganadería, la crisis lanera y pecuaria por que atraviesa el país, y volverse a reunir con este objeto el lunes a las cinco de la tarde en la sección segunda del Congreso.

ESPECTÁCULOS. El martes estreno en el teatro de la Comedia del drama en tres actos Los condenados.

—Se ha puesto a la venta el libreto de la zarzuela en un acto El españolito, original de los Sres. Vicente del Rey y Alvirra, que se estrenó en el teatro de Es-

tuos perros. Antes de ocuparte de sus méritos, vé pronto a recibirla y a conducirla a las habitaciones de la señorita.

Job se levantó perezosamente y se decidió a abrir la puerta, justamente en el momento que la viajera bajaba del coche.

Llevaba un vestido sencillo de lana negra, con larga cola, muy ajustado de talle, plaid escocés arrollado al brazo. Un sombrero de paja oscura, graciosamente colocado sobre sus abundantes cabellos, y un velo de gasa azul, defendía su rostro de los rayos del sol y del polvo.

Se apeó en el primer escalón del vestíbulo. Job, que debía ser gran admirador del bello sexo, quedó deslumbrado, con la boca abierta, y la mano sobre la dorada manivela de la puerta.

Ella, con gran calma, reposada, impassible, esperó a que volviere de su estupefacción y con voz melodiosa:

—¿Queréis preguntar a la señora de Steward si puede recibirme?

—¿A quién debo anunciar?—preguntó respetuosamente el lacayo?

—A la señorita Juana Montaignu.

—Su Gracia os espera, señorita; tened lo bondad de seguirme. Atravesó la gran galería del castillo, tan alta como la bóveda de una iglesia y espaciosa como un lado de Saint-Paul y abriendo la puerta del salón, anunció a la institutriz.

BIBLIOTECA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

no sabemos dónde estará esa desgraciada Juana.

—¿Conoceréis por lo menos el nombre de la familia con quienes está?

—Sin duda. Creo que se llaman los Steward.

—Los Steward de Albany, indudablemente.

Demoniol ¡la niña ha elegido bien su nidol

—¿Si Juana quería vivir en el gran mundo, ¿de qué sirve eso cuando no se pertenece a él?

—No podía estar tranquilamente con nosotros? Hubiese podido encontrar con facilidad un muchacho honrado de su clase que se hubiese casado con ella.

—Estamos desolados por sus caprichos! ¡Si tiene ahora criados que la sirvan y cochero a sus órdenes, no por eso deja de ser ella una sirvienta! No sabe que la espera un porvenir odioso; pero no ha querido escuchar ni a su padre, ni a su tío, ni a mí, ni a nadie.

La buena señora exhaló un profundo suspiro que me sumergió en un verdadero enternecimiento.

Ya sabía lo que tenía deseos de saber.

No me parecía tan inverosímil que Juana estuviese mezclada en la historia que me había intrigado.

Guardé silencio acerca de la revelación del periódico; consolé a la señora Montaignu con algunas frases de amistad, y me alejé.

Insensiblemente fui adquiriendo un gran deseo de saber lo que había pasado. El carácter de la señorita Montaignu me interesaba, a pesar mío. Su enérgica y sorprendente belleza y su extraña organización me inspiraban una curiosidad semejante a la que siente un matemático ante un problema raro o un astrónomo que observa en el movimiento de los astros una agitación anormal y nueva.

Quise descifrar la clave del enigma, y después de buscar noticias inútilmente, acabé por conseguir saber muy claramente lo que me interesaba.

Esto es la narración que sigue, narración completamente verdadera, hasta en sus más pequeños detalles.

II

En el condado de Perth, se celebró por la novela de Walter Scott, en medio de las montañas escocesas, se levanta el muy antiguo castillo de Glenmore. Pocos señores de Francia pueden ser comparados con las grandes residencias de la nobleza inglesa.

Más de doscientos caseríos de esta tierra señorial, con los rebanos de carneros y de vacas que la poblaban, coquetamente levantados en

los valles que baña el lago; dominados por montañas cubiertas de abetos y de bosques dispersos en las desnudas laderas; rodeados de un verdor abundante y sombrío, despertaban ideas de tranquilidad y de abundancia, que sólo se encuentran en el mismo grado en los ricos departamentos de Dinamarca.

El castillo, inmensa construcción que se remonta al siglo de la conquista, mezcla de granito y de ladrillo, puede desafiar a los siglos y esperar sobre su asiento inquebrantable la extinción de la raza de sus señores y dueños. Sus torres amuralladas, de doce pies de espesor, sus cuerpos de habitaciones almenadas, como si hubiesen de resistir los ataques de montañeses bellicosos y saltadores, sus campanas y tejados agudos, sus puentes echados sobre los fosos de agua estancada, de entre los cuales surge como un peñasco con sus extrañas aristas, formando un conjunto imponente y no desprovisto de gracia, que da una idea elevada del poderío de su propietario.

Si se franquea el puente más grande, adornado por los dos lados con una balaustrada de piedra primorosamente labrada, y si se pasa bajo una bóveda con molduras finas y elegantes, se llega a una plaza de forma irregular, llena de flores, y en la cual los paseos están cubiertos de dorada arena.

Grandes ventanas dan a esta plaza y dejan ver suntuosas habitaciones, adornadas con artísticos muebles, estatuas, tapices y cuadros.

Los criados, con calzón corto y medias de seda, esperan en el vestíbulo a los visitantes y a los dueños. Lebleles de pelo largo duermen sobre alfombras con el hocico sobre las patas, semejantes a esfinges, al pie de la gran escalera.

El 20 de junio de 1866, con un sol deslumbrador, una elegante carretela de ocho ruedas, con las armas de los Steward, arrastrada por dos caballos negros como el azabache, de ojos vivos y nervios admirablemente dibujados, y cuello fino y flexible, se detuvo al pie de las gradas del vestíbulo a eso de las siete de la tarde.

Uno de los lacayos del vestíbulo, buen mozo de unos veinticinco años, muellemente recostado sobre un diván, se levantó a medias sobre el brazo, y sin molestarse, dijo a su compañero:

—He ahí a la nueva institutriz de la señorita, es una francesa! ¡Si es tan fea como la Prusiana que la ha precedido, podía haberse quedado en su país!

—¿Qué te importa a tí que sea bonita ó fea, Job?—contestó el otro.—Esa caza no es para

EL COLLAR DEL RAJAH

